

actor religioso, no obstante, se halla insuficientemente trabajado en el texto, como quiera que existieron diferencias en la orientación, los métodos de acción y los recursos de la misión española respecto a los de la diócesis, hasta hoy recordadas por los pobladores de Urabá. El tratamiento de este aspecto hubiese complementado el análisis sobre los vínculos entre religión y política durante la Violencia de mediados de siglo, o el fortalecimiento del protestantismo, cuya expansión hacia el golfo —según noticias de 1956 citadas por la autora— aparece realizándose pese a los esfuerzos de los carmelitas. De hecho, para ese momento, éstos completaban más de un decenio de ausencia de la región.



En segundo lugar, frente a la interpretación del componente indígena en la dinámica de los encuentros, Steiner acude a la noción de “aislamiento”, lugar común para registrar al actor indígena en la investigación social sobre Urabá. La temática del libro ameritaba un trabajo más incisivo sobre las representaciones de los indígenas emberas y cunas en la mentalidad antioqueña, en la que figuran como talanquera a la colonización, indisociables de la selvática frontera que ocupaban (cursos medio y bajo del río Atrato, estribaciones selváticas de la cordillera Occidental). Recuérdese cómo el discurso misionero cultiva las imágenes de salvajismo y amoralidad, que apuntalaron la expansión antioqueña, sin aludir a las respuestas legales y de facto generadas por los indígenas ante el avance colonizador.

Los desencuentros del presente en la región, potenciados con la declaratoria de Urabá como sede de la explotación bananera en el año 1959,

indudablemente se esclarecen gracias a la agudeza analítica de Claudia Steiner, en una obra que bien merece su lectura, no sólo por la importancia del período abordado, sino también por la envolvente escritura alrededor de una sociedad signada por el conflicto.

AÍDA GÁLVEZ A.  
Profesora,  
Universidad de Antioquia

## Campo de batalla

**Imaginación y poder.  
El encuentro del interior con la costa  
en Urabá, 1900-1960**  
Claudia Steiner  
Universidad de Antioquia, Colección  
Clío, Medellín, 2000, 159 págs.

Este documento es de gran interés no sólo para las personas estudiosas de los orígenes de fenómenos sociales que se han desarrollado en Urabá, al noroccidente colombiano, sino también es un gran aporte para todas aquellas personas ligadas a entidades responsables de opinión e incidencia en la vida de ese territorio, en la paz que en público se desea desde todos los programas gubernamentales, “no gubernamentales”, nacionales e internacionales vinculados a la solución de la compleja problemática de “violencias” que, existentes desde cerca de quinientos años, hacen hoy crisis sobre Urabá y sobre toda Colombia. Es un documento de información básico para investigadoras e investigadores y demás interesadas/os en conocer el proceso de superposición de sucesivas culturas extrañas para usufructo de la región nortechoana, la imposición de codicias ajenas, las formas de enfrentamiento e interrelación entre “esclavistas” costeros, administradores provinciales antioqueños “progresistas” y compañías extranjeras depredadoras de aquella región que, a prin-

cipios de siglo, se manifestaba contraria a la “codicia yanqui” resaltada por la prensa chochoana (1906-1907) tras la “traición panameña”, para luego, como provincia antioqueña, caer en manos de la United Fruit a través de la Frutera de Sevilla, a comienzo de la segunda mitad del mismo siglo.

“Urabá: un cruce de caminos”, siendo el título del documento final (pág. XIII) de una investigación de Naciones Unidas-Dane sobre “Pobreza absoluta [sic] en Urabá”, es sólo la sugerencia de las consecuencias del cruce de intereses *no sostenibles*, aventureros y ajenos, sobre los recursos de aquel territorio, sus riquezas naturales, su importante abundancia de expresiones de vida (biodiversidad, ahora con muchas especies en peligro de extinción o desaparecidas de grandes áreas; por ejemplo, el “puerco de monte”, *Tayassu pecari*), su localización geográfica —“golfo de agua dulce”, como lo reconocían los españoles (por la desembocadura del gran río Atrato)—, su total desprotección ante depredadores de toda clase de “justificaciones” y que han dejado lo que develaba el estudio antes mencionado: “miseria absoluta”, a la que debemos agregar erosión genética (pérdida de especies vivas), choque intercultural (esclavistas cartageneros, antioqueños habladores, antioqueños emprendedores, contrabandistas extranjeros —no sólo “turcos”—), y ahora “cualificación” de la violencia de más de cincuenta años a “guerra de baja intensidad”, también por intereses y decisiones ajenas, aunque sea desarrollada por mercenarios nacionales.

En este libro, la profesora Steiner nos relata los primeros sesenta años del siglo pasado desde las diferentes formas de controversias e intereses de explotación del territorio que a partir de 1905, por gracia del gobierno del general Rafael Reyes, se convirtió en provincia del Urabá Antioqueño, potenciado por el sueño de “la salida al mar”, la construcción de Ciudad Reyes y otros discursos que prosiguieron por muchos años, como llevar la

“hegemonía moral, [...] buenas costumbres, [...] orden, [...] mejoramiento de la raza” (pág. XIX) sin mayores resistencias chocoanas y contra los intereses de mercaderes cartageneros, preestablecidos, sobreexplotadores de gentes y selvas para beneficio de pocas personas con pocos escrúpulos, gananciosas también del desgreño administrativo, el abandono gubernamental de territorios “de frontera” (ejemplo, el desprendido istmo de Panamá), la desprotección de hombres y mujeres nativos “cristianizados” y la exuberante riqueza natural, que no fue defendida por la razón, menos por la ignorancia y la avaricia, figurando hasta en intereses geopolítico-militares extranjeros con más “claridad” que la atención de nuestros ministerios de Ambiente, Interior, Desarrollo, Cultura y Educación.



Se develan los diversos orígenes de procesos “económicos” de destrucción de las armonías naturales que a principio del siglo XX, además de la pérdida de la riqueza aurífera, regalaron sus recursos forestales que, al ser explotados intensa y torpemente, arrasaron con el refugio natural que, otrora, formaba parte de una unidad ambiental que ya desde el último cuarto del siglo pasado reconoce la humanidad como de máximo interés científico, alta biodiversidad y patrimonio vital de la mayor importancia y de compromiso universal de conservación: el Chocó biogeográfico.

La violencia que allí se expresa no ha sido sólo contra seres humanos,

siendo el genocidio la continuación de la conducta de asalto del “más fuerte” contra todo lo nativo. Maderas, tagua, ipecacuana, caucho, resinas y bálsamos (algarrobo y canime), carey, dividivi, pieles, animales vivos “exóticos”, provocaron el fácil despertar de apetitos voraces que “justificaron” a su vez la “conquista” por similares intereses de depredación pero desde otras “razones” culturales, raciales, religiosas... y, claro está, sobre todo ahora, multinacionales.

Se relata cómo, a comienzos del siglo XX, Antioquia miraba la región no sólo como la salida al mar sino también para imponer allí “una verdadera hegemonía moral de Antioquia” (pág. XIII), con el favorecimiento resaltado de la imagen publicitada de la anterior epopeya paisa sobre los territorios del sur, que blandía como gesta racial la colonización que se llevó a cabo sobre el sur de Antioquia (“viejo Caldas”, norte del Valle y norte de Tolima), representada por el hacha sobre el tronco del árbol talado, como símbolo de “esfuerzo y tesón” de “los fundadores”. Sólo que, en el caso del expansionismo sobre el Urabá, la referencia antioqueña de “familias blancas y religiosas” civilizando selvas no se aplicó sobre aquella provincia, a la que en casi cincuenta años de apoderamiento sólo malgobernó, como autoridad impuesta, sin recursos y en permanente conflicto con colonos y comerciantes, por más de treinta años de lenta construcción de la carretera al mar, que se terminó después de establecer don Gonzalo Mejía la comunicación aérea entre Medellín y el golfo de Urabá, respaldado por la Ford Motor Co., la General Motors y la Casa Curtiss (!) (pág. 28), realizándose el primer vuelo en el año 1932, casi a la par que ese mismo año don Gonzalo informaba del traspaso de la concesión a la Panamerican Airways.

El mismo don Gonzalo Mejía, con sus “conexiones” internacionales abocó la construcción de la carretera a Urabá, vía que no se terminó hasta 1956 (!) (pág. 30), cuando

Medellín ya se había desarrollado sin necesidad del Urabá y sin el entusiasmo de la “clase dirigente” paisa, que no colaboró tanto como se esperaba con los discursos de comienzo de siglo sobre esa posibilidad de la “salida al mar”, al reconocimiento de “la tierra de promisión” que se exponía en la magnitud de las riquezas que desde siglos anteriores ya escapaba de sus nativos y pobladores cimarrones. Los prefectos y alcaldes de la administración antioqueña fueron sólo presencia quejumbrosa en medio de una población “conflictiva”, personajes señaladores de los “desafueros y malos ejemplos” de quienes “malvivían” en Turbo, bajo el “cacicazgo secular” de gamonales como Nazir Yabur y Eusebio Campillo (pág. 36), ejemplo de “miserables que tan cínicamente trafican con la esclavitud en la tierra del maíz y el oro y la dura cerviz” (pág. 37. Cita de una carta del alcalde de Turbo Marco A. Posada al gobernador en Medellín).



Muchos colonos de comienzos del siglo XX fueron la mano de obra absorbida por aquellos favorecidos con concesiones de baldíos o por quienes tuvieron capital o fuerza para imponer su dominio de explotación y comercialización de los recursos chocoanos. Aquellos colonos fueron mayoritariamente campesinos liberales que se refugiaron allí con esperanzas de sobrevivir tras la guerra de los Mil Días, de rehacer sus vidas y futuro, pero en la mayoría de los latifundios otorgados, aunque no se cumplían los compromisos asumidos al recibirlos en concesión (sin cumplimiento de la reforestación, por ejemplo) (pág. 42), en la práctica incluían la mano de obra a sometida

miento libre por parte de los comerciantes contra los colonos (pág. 43). Luego vinieron también colonizaciones de personas desplazadas por la violencia "político-partidaria" de los años cuarenta y cincuenta. Un pueblo que huye de la violencia pero que, sin soluciones serias ni siquiera regionales, generaron una guerrilla (el EPL) que se desmovilizó en 1991, cediendo espacio a nuevas formas de genocidio: *terrorismo* contra la población *desarmada*: el método paramilitar.



La historia relatada en este libro nos trae otros nombres que son hitos históricos en ese ejemplo de las "gestas del desarrollo" en Urabá, proceso que ha dejado hoy resultados como los que conocemos, en medio del conflicto de intereses y aun con ocultos manipuladores de "argumentos civilizadores", igual que a comienzo de siglo, contra el "atraso y la barbarie": desde "estudiosos" alemanes como Hermann Mayenberger, racista que expresaba que "los negros de todas estas zonas de Urabá son perezosos y cobardes", hasta personajes como Henry Granger, norteamericano "mezcla selecta de las razas latina y sajona" (!) (pág. 14), que había llegado al país en 1890 tras nuestro oro en el alto Andágueda y otros depósitos auríferos en ríos del Urabá, quien fue contratado por el gobierno colombiano (en 1905) para la construcción del ferrocarril a Urabá, idea que se descartó después de más de diez años de cruce de opiniones e inversiones inútiles... para Colombia.

El regionalismo del que mutuamente se acusaban las dos principales culturas rivales nacionales sobre el Urabá de comienzos de siglo, tiene ejemplos en documentos de archivos oficiales, citados en el libro, entre "los hijos de la Heroica" y el expansionismo antioqueño hacia los poderes centrales. Y es, a su vez, muestra también del desprecio de las opiniones e intereses del pueblo chocono, al que no le valió asumir la función de "frontera" con "el vecino traidor" que se había separado de Colombia en 1903, "sucumbiendo a la codicia yanqui" (pág. 3).

El banano comercial en el Urabá aparece tempranamente en el siglo XX (1909), con adjudicación de 4.945 hectáreas, por parte de los lejanos poderes centrales, a la bananera alemana Hamburg Columbian Bananen Gesellschaft, con derecho a construir su ferrocarril y muelle de embarque, con cincuenta años de garantía de exclusividad de uso y no competencia en "tres leguas a cada lado del muelle del Consorcio Albingia [nombre de la bananera Alemana en Colombia]", además de diez años sin impuestos a los vapores de esa compañía y libertad de importación de todos los materiales que ella necesitara para sus construcciones. Maña vieja, que sirve de "lamido de buey" a las pocas conciencias arrepentidas de la etapa "yuppi" privatizadora, de que no es sólo expresión del sometimiento "posmoderno" a las órdenes de los globalizadores de sus economías y conveniencias, encubiertas en la "necesaria atracción de capitales".

La empresa bananera alemana fue afectada económicamente con la primera guerra mundial. Cuarenta años de prevenciones contra el "odioso monopolio" bastaron para que los intereses de la norteamericana United Fruit sobre aquel excelente territorio que brindaba todas las facilidades para la producción, transporte y embarque, comenzando la segunda mitad del siglo XX, lograran que ésta terminara por establecerse, como Frutera de Sevilla, en Urabá, para control de la comercialización, favorecida por su necesidad de trasladarse a nuevos suelos

y una condición climática más favorable que los huracanes que afectaron la producción de plátano en el departamento de Magdalena a mediados de siglo pero, sobre todo, lo que más importaba era evadir las condiciones conquistadas por los trabajadores en las antiguas plantaciones y emigrar del escenario de la culpa histórica por las masacres fratricidas a su servicio (también maña vieja).

Desde el año 1980 la comercialización de banano está asumida toda por compañías colombianas, primando la presencia paisa en mandos medios y administración, aunque tienen presencia en todos los niveles de trabajo, distinto a la población afrocolombiana, que es relegada a trabajos en condiciones climáticas extremas y de niveles bajos de la producción.

Ese hecho de la renovación de posibilidades de trabajo, aunado a la llegada de la carretera al mar, cumplió por fin, tras medio siglo, el objetivo del usufructo antioqueño, al que, aprovechando la ventaja de su experiencia comercial, se le presentaron las condiciones propicias para apropiarse de la industria bananera, la cual, al igual que a principio de siglo, cuando se montó la bananera alemana, reactivó la inmigración a la región, lo que aumentó en un 204% la población entre 1951 y 1964 (de 49.160 habitantes a 149.850) (pág. 60).



Desde Cartagena, las opiniones de los gamonales no eran favorables a las compañías extranjeras, que afectarían su poder abusivo sobre la mano de obra en Urabá, con acusa-

ciones por “daño a la riqueza natural de nuestros bosques” (pág. 53), siendo la explotación de la tagua la más depredadora de las actividades contra los territorios arrasados. Sin embargo, fue Cartagena desde donde la empresa bananera alemana exportó el banano, constituyéndose en el centro de sus operaciones comerciales.



Se aprecia la similitud de conducta descrita contra los comerciantes costeros sobre territorios ajenos, con el caso de igual explotación irracional que también acabó con productos como la “raicilla” (ipecacuana) del sur de Bolívar, territorio demostrativo de la incoherencia institucional que aún no define una ley orgánica de ordenamiento territorial que supere el poder de quienes mantienen esos territorios que desde la Colonia fueron sometidos por la elite política (corrupta) de Cartagena, con iguales resultados de violencia contra las mujeres y hombres habitantes de esas regiones y *la miseria absoluta* que fue generada contra las poblaciones locales (Chocó y Sur de Bolívar), siendo tan extremadamente ricos (y por eso) en recursos no sólo mineros, pero coincidentalmente auríferos, forestales, hídricos y petroleros. Sobra también resaltar la información de que, a la vez que se exportaba la tagua, Colombia importaba los botones hechos en el exterior con nuestra materia prima (pág. 34), pero como “botones de hueso”, también vieja costumbre de sometimiento que hoy nos obliga a desventajas globalizadas ante intereses ventajistas, contra nuestros renglones primarios como el petróleo, el car-

bón, nuestra seguridad alimentaria desestimulada para favorecimiento de producciones necesarias al país más vicioso, narcorreexportador y violento.

Como parte de la problemática que padece Colombia, los hechos de la historia que han aflorado en las expresiones de polarización de intereses, con la llamada violencia, que no ha sido claramente explicada a la atónita masa urbana de lectores, radioescuchas y telespectadores colombianos y extranjeros, con publicidad y direccionamiento favorable a los poseedores del poder, favorables a los intereses de quienes han tenido el poder armado, el poder político, el poder de los “contactos” con las fuentes de financiación de la corrupción criolla, siempre agradecida y retributiva con los recursos de todos los colombianos.



La aplicación coherente de declaración e inversión internacional de *reserva natural*, con población definida y comprometida en armonizar con el medio, son medidas a las que las comunidades nativas y los colonos de varias generaciones de asentamiento están dispuestos a convenir, como única forma de la comunidad científica, y Colombia salvar lo que queda de ese santuario natural, antes que lo conviertan en otro campo de entrenamiento norteamericano para “interrogatorios especiales”, como el

Fuerte Howard en Panamá, o en zona militar norteamericana cubriendo el “puente triple” que ya desde Virgilio Barco, quien no sólo pensaba en inglés, fueron acordados sin ningún respeto por lo que perdería la humanidad, si permitimos que nos sigan inventando guerras sobre esos territorios, que no son contra las guerrillas de hoy, sino contra la oportunidad de la *vida* planetaria en el próximo mañana.

LEONARDO MONTENEGRO

## Empresariólogos

### Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia

Fernando Urrea Giraldo, Luz Gabriela Arango Gaviria, Carlos Dávila L. de Guevara, Carlos Alberto Mejía Sanabria, Jairo Parada Corrales, Campo Elías Bernal Poveda  
Colciencias-Corporación Calidad, Tercer Mundo, Bogotá, 2000, 308 págs.

Al pensamiento de la “multicultural nacional”, por obra y gracia de la globalización se le ha adherido la teoría de las culturas empresariales. Si en la primera el esfuerzo del Estado se dirige a la busca de afirmar su presencia directa y simultánea en las diversas regiones, en la segunda se intenta afianzar los precarios cimientos de la competitividad, a partir de reconocer “valores, actitudes, formas de actuar”, principios valorativos de las elites económicas, técnicas y culturales de las diferentes regiones del país. Mientras que para los enfoques gerenciales la “cultura empresarial” es un campo de intervención de la gerencia, o espacio del gerenciamiento<sup>1</sup>, para la investigación social aparecería, en la perspectiva de los autores de la compilación, como un inagotable catálogo de elementos: múltiples dimensiones de la acción de la firma y del empresario, inentendibles aisladamente de las relaciones sociales y económicas den-